

CIUDADES

VOLUMEN 2

Pedro Pérez  
editor

# Buenos Aires, la formación del presente



**OLACCHI**

Organización Latinoamericana  
y del Caribe de Centros Históricos

**Editor general**

Fernando Carrión

**Coordinador editorial**

Manuel Dammert G.

**Asistente editorial**

Ana Carrillo Rosero

**Comité editorial**

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

**Diseño y diagramación**

Antonio Mena

**Corrección de estilo**

Gabriela Chauvín

**Impresión**

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-04-9

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

[olacchi@olacchi.org](mailto:olacchi@olacchi.org)

[www.olacchi.org](http://www.olacchi.org)

Quito, Ecuador

Primera edición: agosto de 2009

# Contenido

---

Presentación .....	7
Introducción .....	9
<b>Del centro a la periferia: la configuración urbana en las últimas décadas</b>	
Buenos Aires: una metrópolis postsocial en el contexto de la economía global .....	35
<i>Pablo Ciccolella</i>	
Procesos recientes de fragmentación socio-espacial en Buenos Aires: la suburbanización de las élites .....	63
<i>Horacio Torres</i>	
Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio: entre las condiciones y las prácticas .....	83
<i>Denis Merklen</i>	
<b>Las cuestiones sociales en la ciudad metropolitana</b>	
Relaciones entre el mercado inmobiliario informal y las redes sociales en asentamientos consolidados del Área Metropolitana de Buenos Aires .....	121
<i>María Cristina Cravino</i>	

Se hace camino al andar: municipios y política social en el Gran Buenos Aires en el tránsito de la crisis 2001/3 . . . .	139
<i>Magdalena Chiara</i>	
Geografías bolivianas en la gran ciudad: acerca del lugar y de la identidad cultural de los migrantes . . . . .	167
<i>Susana Sassone</i>	
<b>Los barrios, otra vez</b>	
El “caso” de los yogures: etnografía en una organización piquetera . . . . .	193
<i>María Cecilia Ferraudi Curto</i>	
<b>Infraestructuras y servicios</b>	
Universalidad y fragmentación urbana bajo el prisma de la concesión de agua en el Área Metropolitana de Buenos Aires . . . . .	219
<i>Andrea Catenazzi</i>	
De las redes de transporte al problema de la movilidad: límites físicos y analíticos de la expansión urbana en Buenos Aires . . . . .	239
<i>Andrea Gutiérrez</i>	
<b>Las tendencias</b>	
Buenos Aires: el fin de la expansión . . . . .	267
<i>Adrián Gorelik</i>	
La privatización de la expansión metropolitana en Buenos Aires . . . . .	285
<i>Pedro Pérez</i>	

# Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio: entre las condiciones y las prácticas\*

Denis Merklen\*\*

**E**l hotel, el conventillo, el inquilinato, la villa, el barrio obrero y los complejos habitacionales construidos por el Estado —como los FONAVI— establecen un repertorio de situaciones para el hábitat popular en el Buenos Aires de este siglo. Todos ellos tienen que ver con distintos modelos de desarrollo urbano y con distintas situaciones sociales y coyunturas políticas; pero fundamentalmente con la formación diferenciada de los sectores populares.<sup>1</sup> El conventillo representa al inmigrante pobre y europeo de comienzos de siglo y nos lleva a pensar en el Buenos Aires de los años veinte.<sup>2</sup>

La villa representa al inmigrante obrero del interior del país o de países limítrofes a partir de los cuarenta y al paupérrimo habitante de la gran ciudad en los noventa. Los planes de vivienda a cargo del Estado tienen que ver con una conciencia planificadora que expresa el modelo desarrollista iniciado en la década del cincuenta; pero también con las políticas clientelares y con las distintas demandas en materia de vivienda, no solamente por parte de la población de bajos ingresos, sino también de los sectores de capital inmobiliario, financiero y de la industria de la construcción.

\* Este capítulo es una versión reducida del artículo del mismo nombre publicado en la revista *Sociedad*, 11. Universidad de Buenos Aires, agosto de 1997: 21-64. La versión que publicamos ha sido revisada por el autor.

\*\* Denis Merklen es sociólogo, *maitre de conférences* en la Universidad Paris Diderot – París VII y miembro del Institut de Recherche Interdisciplinaires sur les Enjeux Sociaux (IRIS) de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

1 Para una definición del concepto de hábitat, ver Yujsnovsky, 1984.

2 Para una excelente comprensión de la relación del inmigrante con la ciudad a través del conventillo, ver Korn, 1974; Korn y De la Torre, 1985.

Desde la década del ochenta aparecen en el Gran Buenos Aires los asentamientos como una nueva modalidad de hábitat popular. Y estos se distinguen de todas las formas habitacionales anteriores, aunque guardan proximidad o similitud con algunos de ellos. Por la precariedad de las viviendas se parecen a las villas; pero por su configuración espacial se parecen al barrio obrero o al loteo popular. En septiembre de 1981 se produce en los partidos de Quilmes y Almirante Brown una toma masiva de tierras que dio origen a seis nuevos barrios, llamados posteriormente asentamientos: La Paz, Santa Rosa de Lima, Santa Lucía, El Tala, San Martín (en Quilmes) y Monte de los Curas (en Almirante Brown).<sup>3</sup> Este grupo de tomas de tierras inauguró al asentamiento como modalidad de hábitat de los sectores populares, que se diseminó rápidamente por los partidos que conforman el Gran Buenos Aires.

En este artículo intentaré aportar elementos que, desde la investigación empírica, nos permitan pensar ir más lejos en la observación de las transformaciones vividas por las clases populares en Argentina de lo que permite su tratamiento a través de la noción de pobreza. Desde los años ochenta, las ciencias sociales han centrado sus baterías en las formas del empobrecimiento. Este enfoque ha contribuido ampliamente a la toma de conciencia de la desestructuración de nuestro modelo social. Sin embargo, el enfoque de la pobreza por sí solo es ineficaz para observar otros aspectos de las profundas mutaciones que atravesaron a los sectores populares desde 1970. Así, la descripción comparada de estos tres barrios tiene el propósito de poner en relieve cómo esas transformaciones ponen en juego distintos tipos de sociabilidad, a veces dentro de un mismo universo de pobreza.

Trataremos de avanzar hacia un punto de vista sociológico por sobre las solas consideraciones económicas que implica la noción de "pobreza". De allí nuestro título. Aunque no estemos pensando en el mismo conjunto de condiciones que Marx, bien vale recordar una de sus advertencias cuando intentaba conceptualizar el pauperismo proletario del siglo XIX: "Un negro es un negro. Solo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algo-

<sup>3</sup> Sobre el caso de los asentamientos de Quilmes, ver Beatriz Cuenya y otros, 1985; Izaguirre y Aristizábal, 1988.

dón. Solo en determinadas condiciones se convierte en capital” (Marx, 1975: 36). Del mismo modo, nos animamos a decir: “un pobre es un pobre”, resta por saberse qué hay detrás de la pobreza en términos de inscripciones colectivas, modos de acción y de participación social. La “máquina” y el “negro” son categorías sobre cuya naturalización Marx llamaba la atención: debía descubrirse detrás de ellas un sentido social. Tal cual ella suele aparecer en la literatura, la categoría “pobre” (como ocurre también frecuentemente con otras como “excluido”) se encuentra muchas veces naturalizada, ofreciendo resistencias a una mirada crítica o reflexiva.

Veamos entonces si la comparación de estos tres barrios nos permite captar algo de ese sentido sociológico, a partir de la observación de cómo se producen estas formas habitacionales. Para ello, proponemos una mirada de la ciudad en la que, además del empobrecimiento que vivieron las clases populares de Buenos Aires, intentamos ver cómo evolucionó la sociabilidad de esos sectores y cómo esa evolución se conjugó con las transformaciones de las prácticas políticas y de la acción del Estado a lo largo de las décadas de los años ochenta y noventa.

Tanto la villa como el loteo y el asentamiento son barrios pobres pero, como podrá observarse, no es posible comprender sus diferencias solamente por distintos grados o niveles de pobreza. Se trata de distintos sujetos sociales. Y en el artículo se busca compararlos tomando el hábitat como eje. Unas veces la villa y el asentamiento comparten el mismo momento histórico; otras, aquélla es antecedente de éste. Otras, en la misma coyuntura están la villa y el loteo, y luego éste es antecedente del asentamiento. Veremos cómo similares determinantes estructurales han dado origen a la villa y al loteo, y cómo distintos determinantes sostienen a la villa en dos situaciones distintas. Lo reitero: se toma como objeto de análisis a los barrios no para hacer una descripción urbana típica sino para observar cómo emergen distintas configuraciones sociales en la ciudad que no pueden comprenderse únicamente a partir de la noción de pobreza. No es posible, por ejemplo, alinear a los habitantes de las villas, los asentamientos y los loteos según su grado de pobreza. Mucho menos podemos explicar a partir de la simple idea de pobreza cómo aparecen unos modos de acción colectiva a nivel barrial, al mismo tiempo que otros desaparecen.

## Las villas

Por su proximidad social y geográfica y por la asociación que suele hacerse, desde el sentido común, la comparación obligada de los asentamientos es con la villa. Diversos fabularios apoyados sobre el carácter extremadamente pobre de estos barrios, le han otorgado una fama misteriosa que las colocó en un lugar de importancia frente a las políticas públicas, así como en el discurso político de diversos actores. Durante muchos años y a lo largo de todos los gobiernos, desde la Revolución Libertadora de 1955 a la fecha, se trató de dar "solución" al problema de las villas.

Sin embargo, fueron los propios sectores populares quienes ofrecieron una alternativa a esta forma habitacional en el comienzo de los años ochenta. No es que desde esa fecha no existan más villas en Buenos Aires, sino que es a partir del surgimiento de los asentamientos, esta nueva modalidad de hábitat prácticamente va a desplazar a las villas como estrategia de ocupación de espacios urbanos. Durante los ochenta casi no se produjeron nuevas villas, y aunque en los noventa se han ocupado de esa forma algunos pequeños terrenos, los asentamientos han sido dominantes como estrategia. De todos modos, es probable que las villas y los asentamientos coexistan como dos formas habitacionales de la pobreza, y la forma que adquiere la ocupación depende de un número importante de factores; siendo de especial importancia la política estatal hacia el sector.

El proceso de ocupación de terrenos en Buenos Aires que dio origen a las villas se remonta a finales de la década de los años treinta y se consolida en los años cuarenta, durante los primeros gobiernos peronistas.<sup>4</sup> Tal proceso tuvo la marca del importante movimiento migratorio de la época desde el interior rural hacia las ciudades más grandes, como Buenos Aires, Córdoba, Rosario o Tucumán. Puede decirse que el motor motivacional de estos nuevos habitantes de las ciudades era su incorporación como obreros al proceso productivo industrial en pleno desarrollo o al Estado como empleados del sector público. Aquellos pobres, de cincuenta años atrás, llegaban desde el interior del país y en menor medida desde los países vecinos, principalmente Paraguay y Bolivia. Pero ade-

4 Sobre el origen y la caracterización de las villas, véase De la Torre, 1983; Ratier, 1985; Bellardi y De Paula, 1986; Yujnovsky, 1984.

más llegaban en busca de un trabajo en la incipiente industria nacional o en el Estado, también en pleno crecimiento.

Tal asociación entre desarrollo estatal, fábrica, villa y migración interna nos servirá luego como faro indicativo de las principales diferencias con sus parientes cercanos de fin de siglo, los asentamientos. Los otros rasgos característicos de las villas han sido su configuración y localización urbana. La localización de las primeras villas en la ciudad estuvo determinada por la proximidad de los terrenos elegidos a los lugares de trabajo o a los medios de transporte que llevan a ellos.

En el caso de la Capital Federal, las villas se localizaron en los barrios de Lugano, Bajo Flores y Mataderos, en la zona de Retiro, en la zona de Puerto Nuevo y en la zona del Bajo Belgrano. Todos los relatos coinciden en que lo que se buscaba era un trabajo, y luego un lugar donde vivir, relativamente cerca de aquél. Tal vez, la denominación como “villa de emergencia” haga referencia al carácter transitorio con que vecinos y autoridades pensaban a aquellos asentamientos. Pero una cabal comprensión de la localización originaria de las villas en la Capital obliga a trasladarse a la configuración territorial de la ciudad en ese momento.

En efecto, los lugares que ocupan hoy las villas que aún existen, pese a ser los mismos, no reflejan la situación de aquel momento. Esto está implicado en la noción de hábitat, pues el sentido de la localización de un terreno específico depende de la relación en que se encuentra con el resto de la ciudad y esto, obviamente, cambia con el tiempo. Pues bien, los lugares que ocupaban las villas en aquellos tiempos eran tierras marginales respecto del negocio inmobiliario, de los intereses de los habitantes de barrios vecinos o de la necesidad estratégica de la urbanización por parte del Estado.

En cuanto a su configuración interna, los rasgos centrales de las villas son el hacinamiento y la enorme precariedad de las viviendas y de los materiales usados en su construcción. En sus inicios, las viviendas se componían de materiales de desecho como trozos de automóvil, chapas, carteles robados, madera, entre otros. Posteriormente esos desechos fueron sustituidos por otros materiales menos precarios, hasta que predominó la mampostería en las villas más antiguas. De que allí se concentra el mayor número de viviendas de peor calidad de la ciudad no hay dudas; pero en general, y dentro de su precariedad intrínseca, estos barrios pobres han

ido mejorando respecto de aquellas descripciones correspondientes a sus primeros años de vida.

Los vecinos, a lo largo de los años han aprovechado los momentos de mejores ingresos para acomodar un poco la calidad de las viviendas, y las coyunturas políticas favorables para conseguir la inversión del Estado que permitiera incrementar la infraestructura de servicios en los distintos barrios. Con diferencias de unas a otras, actualmente en las villas de Buenos Aires suele haber energía eléctrica y agua potable en la mayoría de ellas, aunque casi todas carecen de servicios sanitarios, gas y teléfono. Es frecuente también que de las manos de algún “puntero” y de algún funcionario hayan llegado tramos de asfalto, un par de canillas, una mejora en el tendido eléctrico y en el alumbrado o alguna de máquina vial para despejar el barro y rehacer las cunetas.

Pero lo que no ha podido modificarse es el hacinamiento. Ese amontonamiento desordenado de casillas y personas ha ido empeorando a lo largo del tiempo, hasta la saturación: finalmente se mudó allí toda la gente que pudo hacerlo. Familias que vienen y van; hoy sale un grupo de una casilla y mañana llega otro. Algunos consiguen que la villa sea un lugar de tránsito por algún período y otros se van quedando allí, convirtiéndose en villeros, como si las características del paisaje fueran incorporándose a las personas y forjando su sociabilidad. Es que “ordenar” la villa, en el sentido de transformarla en una urbanización similar a la del resto de la ciudad, implicaría demoler una buena parte mientras la línea recta y el teodolito indican a las máquinas por donde avanzar.

Estos barrios están compuestos de gran cantidad de casillas en un espacio reducido y de gran cantidad de personas en cada vivienda. Es sorprendente el amontonamiento, la superposición de una casa sobre la otra, como si ningún resquicio pudiera ser abandonado como espacio libre. Allí no pueden distinguirse calles, manzanas ni lotes y el lugar carece prácticamente de espacios verdes o de recreación. El pasillo, espacio principal de circulación, se ha convertido en un elemento folclórico de las descripciones paisajistas de la villa.

Al final, al borde de la villa se dejan los zapatos sucios y se calzan unos más limpios para ingresar a la ciudad. Así, como consecuencia del hacinamiento de las viviendas se hace prácticamente imposible la circulación vehicular por su interior. Todos llegan al borde del barrio y desde allí de-

ben trasladarse a pie por algún pasillo hasta llegar a la vivienda deseada: el transporte de pasajeros o de mercancías, la policía o el servicio sanitario; entrar en el pasillo, doblar, zigzaguar, pasar por algún patio, quizás por dentro de alguna casita hasta llegar a destino.<sup>5</sup>

El hacinamiento es producto de la necesidad de aprovechar al máximo las buenas localizaciones de los terrenos respecto del lugar de trabajo. Pero también de la falta de planificación del uso del suelo por parte de los ocupantes. Es que esta migración en busca de trabajo que dio origen a las villas tuvo dos características centrales: fue espontánea y desordenada. Y sin duda, ese desorden en su configuración se transformó en un rasgo distintivo que selló su vida hasta el presente. Cada persona que llegaba a Buenos Aires y conseguía conchabarse en alguna fábrica o dependencia estatal, se instalaba con un grupo de compañeros de trabajo en algún terreno baldío. Posteriormente era avisada la familia, hermanos, parientes, amigos, vecinos del pueblo de origen, y todos iban a parar allí, en algún punto de la ciudad, con sus casi inexistentes pertenencias.

Como consecuencia de esa espontaneidad, para el observador desprevenido parece como si en la villa no hubiera ninguna clase de orden. Es que desde la fundación de una ciudad hasta la construcción de una casa, el ordenamiento urbano implica la planificación previa al asentamiento, implica la idea de proyecto, implica la organización social. Luego, una vez construida la ciudad, esos hechos sociales físicos que son las paredes y techos, los caminos y la infraestructura se convierten en naturaleza construida ya muy difícil de modificar. Y, como dijimos, la villa se constituyó sin plano; como un campamento por adición en el que una piecita va sumándose a otra, uniéndose techos, cercos y paredes guiados por la contigüidad.

5 Algunas características de la identidad villera son atribuidas a la adscripción de los migrantes a las costumbres de la vida rural. Germani (1980) atribuía el carácter marginal del villero al desencuentro entre las costumbres tradicionales del campesino con los hábitos modernos de la ciudad. También se acerca a esta idea Ratier cuando señala que los nuevos inmigrantes construyen sus viviendas con los elementos que brinda el medio, tal como lo hace el hombre de campo —allá el adobe, la paja y la piedra, aquí los desechos que se encuentran en la ciudad— (Ratier, 1985). Lo que este punto de vista —que da cuenta de la villa únicamente como resultado del transplante de las costumbres del campo a la ciudad— no explica es por qué la gente acostumbrada a vivir en el campo produce un hábitat con tal grado de hacinamiento ni cómo lo tolera. Debo esta observación a Francis Korn.

En sus casi cinco décadas de existencia, las villas no dejaron de existir ni disminuyeron su población;<sup>6</sup> por el contrario, ésta ha ido creciendo. No obstante, la villa obrera de los años cuarenta fue transformándose a lo largo del tiempo, tanto que la villa actual nada tiene que ver con aquel barrio de "los descamisados". En primer lugar, porque una buena cantidad de los obreros y empleados de las grandes ciudades consiguieron mudarse a otros barrios, también humildes, pero con viviendas de mejor calidad y mucho mejor equipadas. Incluso, en muchos de los casos, lograron convertirse en propietarios. Es que juntamente con su aspecto urbano, las villas han cambiado sus características sociales.

Si puede decirse que en general los pobres de cuatro décadas atrás eran obreros y empleados, debe admitirse que los pobres de hoy se constituyen mucho más como excluidos. En las villas, con un ritmo muy acelerado desde hace veinte años, muchos se vieron excluidos del empleo, de los niveles medios de la educación, del manejo elemental de la tecnología, de la seguridad social, jurídica y policial, del consumo de un sinnúmero de bienes materiales y culturales. Y no se trata de que aquellos trabajadores estuvieran plenamente integrados a la sociedad moderna, simplemente que la profundidad y la extensión de las exclusiones se ha incrementado, en la misma medida que ha crecido la pobreza. El sindicato y su serie de compromisos sociales, la dignidad del trabajador y las garantías que éste proveía junto al Estado han ido deteriorándose, y ello ha repercutido enormemente en lo que las villas son y significan. Seguramente como parte del proceso de transformación que afectó a toda la sociedad y a los sectores populares particularmente.

Hasta ahora vinimos observando los procesos sociales por medio de los cuales la villa es producida en cada época. Pero también está presente la forma en que la existencia misma de la villa y la categoría de villero impactan sobre la sociabilidad de quienes viven allí (y éste es un asunto mucho menos investigado que el anterior pese a estar en el centro de la cuestión).<sup>7</sup> Porque existe un rasgo que no por obvio carece de importancia: su permanencia en el tiempo. Desde que las primeras villas se ins-

6 La población villera en el total del área metropolitana de Buenos Aires varió de 112.350 habitantes en 1956 a 304 mil en 1981 (Yujnovsky, 1984).

7 Para un análisis de las representaciones de "villa" y "villero" entre quienes viven dentro y fuera, ver Guber, 1991.

talaron en Buenos Aires hasta la fecha han transcurrido sesenta años, y esa permanencia, como veremos, tiene importantes consecuencias.

Los términos “villa” y “villero” constituyen etiquetas sociales con las cuales en la sociedad se designa a los habitantes de esos barrios. Desde un punto de vista social puede decirse que la identidad del sector estuvo siempre en tensión entre el ser trabajador y el ser villero, pues rápidamente se constituyó todo un fabulario colectivo según el cual los villeros son sucios, feos y malos, además de delincuentes, vagos e ignorantes.<sup>8</sup>

Para otros la villa constituye el hogar de los descamisados o de los cabcitas negras, el resultado del aluvión zoológico o la substancia de la identidad peronista. Lo cierto es que la villa molesta al paisaje urbano, constituye una suerte de gueto de la miseria presente allí, en medio de la ciudad. Así, desde el punto de vista de muchos gobiernos, y desde las clases medias, la villa es la representación tal vez más indeseable del desorden. No solamente porque allí está la ilegalidad de origen que el laberinto de los pasillos ayuda a esconder y a disimular y siempre está presente la resistencia al control policial. Sino porque este conjunto informe de viviendas, sin lugar a dudas desmiente toda imagen de progreso, bienestar o igualdad de oportunidades de las que suelen jactarse los gobernantes. Tal vez también porque en el país que se piensa a sí mismo como granero del mundo, tierra de prosperidad para cientos de miles de inmigrantes europeos, la villa devuelve una imagen que lesiona importantes componentes de la identidad nacional. En fin, porque la villa lesiona la idea de igualdad sobre la que reposan el régimen democrático y la ciudadanía.

Una característica frecuentemente presente en los gobiernos de esta segunda mitad del siglo ha sido su voluntad de “erradicar” las villas de Buenos Aires,<sup>9</sup> como si se tratara de una peste endémica. El gobierno de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires de la dictadura militar de 1976-1983 inició el mayor “plan de erradicación” de las villas del ámbi-

8 Con Goffman (1986) tendríamos que hablar de estigma. Tal vez los principales límites del enfoque goffmaniano estén en poner excesivo peso en la capacidad del actor de controlar voluntariamente su representación. A este respecto son importantes los aportes de la llamada *labelling theory* y los trabajos producidos a su alrededor. Para un análisis crítico de las distintas perspectivas, ver Pitch, 1980. Las teorías de la “categorización” desarrolladas por la sociología francesa a partir de los trabajos de Michel Foucault y de Pierre Bourdieu ofrecen una perspectiva más interesante aún Depaule y Topalov, 1996.

9 Erradicar: arrancar de raíz. Suprimir radicalmente. Diccionario Larousse, México, 1989.

to de la Capital Federal, urgido por la inminencia del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. Probablemente con objetivos de más largo plazo, pero lo cierto es que se aceleraron los procedimientos hacia 1977.<sup>10</sup> Primero el ejército subió a la gente en camiones para dejarla en algún descampado del conurbano y luego las topadoras arrasaron con las casillas.<sup>11</sup> No cabe duda de que estos procedimientos dieron tranquilidad a muchos vecinos de la Capital, librados así del peligro villero.

Porque tanto para quienes están fuera como para quienes habitan allí, vivir en la villa implica poseer los “atributos” del villero, como si la precariedad de las viviendas se impregnara en la calidad humana de los vecinos de aquellos barrios. Puesto en marcha el etiquetamiento social, el vecino es tratado como un villero, es considerado un villero y probablemente se observe que se comporta “como un villero”. Y aquí se vuelve necesaria una breve digresión sobre este punto.

En primer lugar, es obvio que la identidad del villero en particular y su sociabilidad en general, no se constituyen solo a partir de la estigmatización que sufrieron los habitantes de las villas. La sociabilidad es producto de un conjunto de relaciones y de representaciones cuya constitución no puede reducirse a una operación de etiquetamiento social. Es decir, no debe interpretarse de lo que hemos afirmado más arriba que el solo hecho de ser considerado villero convierte a alguien en tal cosa. Esto sería un reduccionismo. En segundo lugar, la estigmatización no opera solamente sobre el sujeto estigmatizado. Funciona, de distinta manera, sobre un conjunto de actores sociales. Y es precisamente por ello que estamos haciendo hincapié en la etiqueta del villero, porque el impacto

10 En junio de 1977, la Comisión Municipal de la Vivienda inició el desalojo de todas las villas de la Capital Federal, objetivo que se proponía cumplir en el lapso de cuatro años (De la Torre, 1983). No existen cifras exactas, pero el intendente brigadier Cacciatore informó en julio de 1980 que habían sido desalojadas 145 mil personas, y en una conferencia de prensa en 1981 declaró que se habían desalojado 30.062 familias de las 33.562 censadas en 1978. Además del operativo iniciado en esa fecha, que fue impactante por la velocidad y la violencia con que se lo encaró, ya había habido proyectos de otros gobiernos de “erradicar” las villas de la Capital Federal (Yujnovsky, 1984).

11 Son especialmente conmovedores y coincidentes los testimonios de las familias que un día fueron desalojadas de sus casas y dejadas en la noche en algún baldío de alguna ruta. Totalmente desorientados, sin saber dónde estaban y sin más cosas que lo puesto, habían perdido su lugar de pertenencia y su sitio en la ciudad. Luego generalmente se perdía el trabajo y era hora de volver a comenzar.

que tuvo sobre el resto de los sectores populares influyó en la elaboración de los asentamientos como forma de producción del hábitat.

Algunos investigadores y asistentes sociales que han realizado trabajo de campo en las villas relatan con asombro haber encontrado casas que parecían más limpias que las propias o padres extremadamente preocupados por la educación de sus hijos, a quienes mandaban a “buenos colegios”. Independientemente de que resulta una verdadera proeza mantener una casa limpia en la villa o para un niño villero concurrir a un colegio “bueno” y hacer allí un buen papel, lo que asombra a nuestros colegas es que un villero pueda ser limpio y tener aspiraciones de progreso.

Prueba del estigma es que el villero generalmente oculta su domicilio. Y lo hace en diversas situaciones. Debe hacerlo cuando busca integrarse a alguna institución formal, salvo que lo que busque sea la beneficencia o la asistencia social. Frecuentemente debe ocultarlo para inscribir a sus hijos en la escuela de algún barrio cercano. Debe ocultarlo para presentarse a un trabajo formal, para tener un domicilio legal en el documento o para poder comprar algo a crédito. También debe ocultarlo —siempre que lo consiga— frente a la requisitoria policial si no quiere terminar “detenido en averiguación de antecedentes”. En realidad, ningún villero es denunciado o procesado por ocupar ilegalmente un predio ya que las villas son conocidas por todas las autoridades y su permanencia o desalojo obedece a motivos políticos. Lo que ocurre es que el villero es maltratado en la comisaría y su condición social es ya prueba de su delincuencia. Pero el villero también oculta su domicilio en las relaciones cotidianas, porque ocultando su domicilio esconde su estatus, que él sabe degradado. O cuando su condición de villero le permite ser beneficiario de algún programa de asistencia social. También el villero se reconoce positivamente en su condición y busca así diferenciarse del resto.

En muchos ámbitos el ser villero es vivido como vergonzante y esto nada tiene que ver con la pobreza. Suele presentarse el contraste entre el villero y el otro pobre a quien se conoce que es emprendedor, trabajador y, fundamentalmente, aquel que ha logrado salir de la villa. Y aquí es donde la etiqueta del villero se une con la permanencia de la villa y adquiere dimensión de fatalidad. “De la villa no salís más”, igual que del manicomio o la cárcel. La situación se ve reflejada en lo que le ocurre a quien se relaciona directamente con un villero y de pronto lo descubre

un ser humano completo, común y corriente al que no le falta nada. Inevitablemente se pregunta: “¿Cómo puede ser que este tipo, que es tan buena persona, tan trabajador e inteligente no haga nada por salir de la villa?”

Lo que ocurre en este caso es que se ve en el otro a un actor de racionalidad simple, que vive “allá” pero con los esquemas representativos de “acá”. Se trata de una pregunta cargada de moralidad pero cuya respuesta implica un desafío. No se advierte que, en la villa y en todo lo que ser villero significa, va forjando una sociabilidad. Simplemente porque allí se aprendió a vivir, a vincularse con la ciudad y es desde los parámetros allí aprendidos desde donde se representa el mundo. Sobrevivir en una villa requiere de un conjunto de normas y de condiciones difíciles de comprender para quien considera ese universo, la villa, como la representación misma de lo indeseable. Tal es la distancia social con la que se configuran los ámbitos urbanos. Simplemente porque la villa es el resultado de una acción colectiva que escapa al control individual y su persistencia en el tiempo no puede explicarse desde la consideración de las decisiones de los individuos que se encuentran allí.

### El lote propio y el barrio popular

Si desde los años en que se inició la industrialización los sectores populares urbanos más empobrecidos se instalaron en las villas, quienes tuvieron la posibilidad de hacerse de una vivienda por sus propios medios recurrieron al loteo popular. Más allá de los planes de vivienda elaborados por iniciativa estatal, los barrios populares tuvieron origen en este tipo de loteos. Esencialmente, consistieron en fraccionamientos de tierra rural para destinarla a la vivienda. De este modo, se urbanizó buena parte del Gran Buenos Aires, dada la iniciativa de empresas del sector inmobiliario que compraban tierra rural, la fraccionaban y vendían luego los lotes en cuotas. El surgimiento de esta forma de acceso a la tierra se inició en una coyuntura específica y se prolongó durante treinta años para terminar a fines de los setenta.

94 En la década de los años cuarenta se produce un gran crecimiento poblacional en el área comprendida por el Gran Buenos Aires. Pero desde

mediados de esa década hasta comienzos de la actual, mientras la población de la Capital Federal se mantuvo estable, la del conurbano se multiplicó casi por cinco.<sup>12</sup> Esto determinó que la demanda de tierra y vivienda en estos años haya crecido aceleradamente. Pero en forma paralela a esto se dieron una serie de modificaciones políticas y sociales que impactaron sobre el área. El conurbano fue transformándose por esos años en un cordón industrial, y acompañando este proceso se implementaron una serie de políticas urbanas que colaborarían a formar sus características.<sup>13</sup>

En este conjunto de circunstancias se formaron buena parte de los barrios populares del conurbano, y entre ellas tuvo especial importancia el loteo popular. Fue la política de desarrollo urbano de los primeros gobiernos peronistas la que hizo posible los loteos. En ese período:

se implementan una serie de medidas en el orden provincial, como la organización del Catastro y las normas de subdivisión, uso y ocupación del suelo urbano, que definen nuevas formas de producción de la ciudad. Estas políticas se hallan articuladas con la redistribución de los ingresos en favor de los asalariados, el crédito para vivienda destinado a estos mismos sectores y la industrialización que se produce casi exclusivamente en el Gran Buenos Aires (Clichevsky, Prévot Schapira y Schneider, 1990: 38).

Esta situación en la que se generó una gran demanda, inicialmente de tierra y luego de vivienda, por parte de la población de bajos ingresos que se instalaba en el Gran Buenos Aires, implicó una transformación del sector inmobiliario. Con el aumento del ingreso de los sectores populares, se produce una especialización del sector inmobiliario que vende por un lado departamentos en propiedad horizontal y viviendas individuales, y por el otro, lotes en mensualidades. Esta especialización del sector inmobiliario comienza hacia fines de la década de los años cuarenta y se consolida en la década de los años cincuenta.

12 En 1947, la población de la Capital Federal era de 2.981.043 habitantes y en 1991 era de 2.960.976, prácticamente no creció. Pero la del Gran Buenos Aires era, en 1947, de 1.741.338 mientras que en 1991 era de 7.950.427 habitantes. Sumada toda la ciudad de Buenos Aires y su conurbano pasó de 4.722.381 habitantes a 10.911.403 en el mismo período. INDEC, *Censos de población y vivienda*.

13 Entre esas medidas se citan la Ley de alquileres de 1946, la Ley de propiedad horizontal de 1950 y la Ley de venta de lotes en mensualidades. Ver Clichevsky, 1975.

Sintetizando: las condiciones que hicieron posible el loteo popular fueron de dos tipos. Por un lado, la industrialización del país y el desarrollo del Estado, que atrajeron a Buenos Aires a una gran corriente inmigratoria con un proyecto de integración social —muchos de ellos encontraron lugar como trabajadores en la sociedad, en la ciudad y en el sistema político y fundamentalmente disfrutaron de un ingreso relativamente alto y estable (comparado con el que hoy tienen)—. Por otro lado, se beneficiaron de un contexto legal que hizo posible su establecimiento en el conurbano. Esa legislación fijaba las condiciones para la venta de lotes en mensualidades y no establecía prácticamente condiciones para el loteo, lo que volvió muy barata a la tierra.<sup>14</sup>

Apenas en 1966 se prohibió lotear tierras inundables y en 1977 se prohibió lotear tierra sin infraestructura. Los vendedores encontraban un sector de ingresos modestos pero con capacidad de pago buscando dónde levantar su casa. Los compradores encontraban a un sector inmobiliario que compraba tierra a precio rural, la fraccionaba y la financiaba vendiéndola como tierra urbana con altísimos beneficios en ambas operaciones. Y ambos contaban con una legislación poco exigente. Tal submercado funcionó desde 1946, originado por un conjunto de normas, hasta que, en 1977, otra ley le puso fin. Este sistema de loteo permitió a los sectores populares acceder legalmente a la tierra e iniciar el proyecto de la vivienda propia. Sin embargo, no solo la ley de 1977 que encarecía la tierra puso fin al loteo. La inflación crónica y el deterioro del empleo volvieron el crédito inaccesible a masas crecientes de trabajadores.

A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares de Latinoamérica, la tierra que se producía y comercializaba aquí era legal. Es cierto que se organizaban gigantescas estafas, que en innumerable cantidad de casos los terrenos no eran escriturados y que se vendió tierra inundable durante años. Otro de los grandes problemas era que la tierra que se vendía estaba localizada lejos de los lugares de trabajo y que los hoy barrios eran prácticamente inaccesibles. Este era uno de los principales costos que debían pagarse respecto de las villas, que como se dijo estaban localizadas

14 Los únicos dos requisitos de importancia que establecía la Ley 14.005 de 1950 favorecían a los compradores: la tierra no podía estar embargada, sus títulos debían estar perfectamente en regla, y los lotes debían ser de al menos de 300 m<sup>2</sup> con lo cual se puso fin a la venta ilegal muy común hasta entonces.

estratégicamente. Pero también es cierto que esa tierra barata podía ser comprada por quienes la demandaban.

Es obvio que el loteo y la construcción de la vivienda no lo eran todo. También se conjugaba la acción urbanizadora del Estado que por medio de la inversión pública iba formando esa compleja trama de servicios e infraestructuras que coexisten en la ciudad. Lentamente, a lo largo de los años, siguiendo la compleja serie de tironeos que implica la inversión pública y la captación política, el Estado fue asfaltando, construyendo las redes de servicios, asignando escuelas y hospitales. Esta urbanización iniciada por el loteo y la consiguiente construcción de viviendas tuvo, por otra parte, un carácter desordenado: se habitaban grandes extensiones sin las provisiones elementales; se fraccionaba en forma de islas, dejando grandes extensiones baldías entre un grupo de lotes y otro; muchas veces se utilizaba la inversión pública con el prioritario objetivo de maximizar el beneficio del capital inmobiliario, entre otros. Por otra parte, con respecto a las necesidades de la población, el ritmo con el que el Estado llegaba a algunos lugares era lentísimo y en muchos aspectos ineficaz. Pero lo cierto es que esa acción de crecimiento urbano que tenía como protagonistas a trabajadores asalariados se veía complementada por la más o menos eficaz acción estatal, bajo diversas conducciones políticas y en distintos regímenes de gobierno.

Así se conformó un vasto sector de trabajadores propietarios de su vivienda, que vivieron endeudados durante años y en condiciones de precariedad importante por la carencia de servicios básicos y por la situación de una vivienda que demoraba años y enormes cantidades de trabajo extra en construirse. Pero ese sector vivió la experiencia de construir en un lugar propio, de ahorrar y de acumular por medio del esfuerzo. Esta experiencia, opuesta a la de la villa, daba bases —para muchos ciertas— a la creencia en la integración y el ascenso social. El trabajo poseía una eficacia que hoy ha perdido. Porque a muchos trabajadores les alcanzó con su trabajo para construir un hogar, la casa y la familia, educar a sus hijos y brindarse un lugar en el mundo. Este loteo permitió la formación de barrios populares por medio de un acuerdo en la sociedad civil y de un sistema institucional que lo hizo posible. Y si bien poseía una altísima ineficiencia desde el punto de vista de la producción material del hábitat, tuvo un peso muy importante en la constitución de ese sector social. El

sentido de propiedad expresado en el lote propio, el esfuerzo personal y el logro alcanzable, tuvieron una enorme eficacia simbólica en la constitución de la identidad del “pueblo trabajador”.

Finalmente, el triángulo de legislación laxa, trabajadores con buen salario y trabajo estable y un sistema público bastante sólido (si se lo compara con el actual), se rompió después de la segunda mitad de los años setenta. Por una parte, se inició la crisis que comenzó con el drástico empobrecimiento de los sectores populares. Comenzaron a reducirse los salarios reales —incluido el aumento de la desocupación y del trabajo en negro— y los acuerdos laborales que permitían la estabilidad del ingreso y el empleo. Como parte del mismo proceso se desató la carrera inflacionaria que llegaría a marcar la cultura política del país durante veinte años. Las cuotas de casi todo se volvieron indexables y la financiación a largo plazo se volvió imposible cuando no una estafa para el asalariado. Desapareció lo que fue una costumbre durante dos décadas: comprar a 150 cuotas fijas y un pequeño anticipo de entre tres y cinco cuotas y escriturar con el 25% del terreno pago.<sup>15</sup>

El mazazo que puso fin al loteo popular fue la Ley 8912, de 1977, que rige el ordenamiento del territorio en la provincia de Buenos Aires y establece que no puede venderse tierra para vivienda sin infraestructura. De esta forma se encareció enormemente el costo de producción de la tierra urbana, se redujo drásticamente la oferta y su precio subió también en forma abrupta.<sup>16</sup> Pero lo que se ponía en crisis hacia esos años no era solamente la existencia de un submercado. Lo que estaba en juego era una forma de sociabilidad. Este trabajador pobre beneficiario de los loteos era un pobre “prolijo”. Estoy tentado de decir: era un trabajador humilde. Podría describírselo como un sujeto de bajos ingresos, es cierto, pero que estaba integrado a su rol, y que sus acciones y su sistema de preferencias correspondían con su estatus. Este pobre parecía el equivalente perfecto del trabajador fordista que aprovechaba sus oportunidades,

15 Un análisis en los municipios de La Matanza y San Martín muestra que esas mensualidades representaban entre el 2% y el 3% del salario de un obrero en 1950 (Clichevsky, 1975).

16 Puede darse como referencia “que un lote de 300 m2, sin infraestructura, oscilaba, en julio de 1987, entre \$ 800 y \$ 1.300, mientras que el salario mínimo era de \$ 80. Para esa época, el financiamiento era prácticamente inexistente y solo se negociaban algunos lotes a seis meses de plazo; la mayoría de las operaciones se producían al contado” (Clichevsky y otros, 1990: 66).

que era asistido por el Estado y que sabía negociar en un mundo que parecía ofrecerle oportunidades.

La descripción que estamos presentando parece pintar ese mundo desde el optimismo. Pero aquel mundo de estos pobres era un mundo cargado de fluctuaciones y conflictos. Pleno de carencias, signado por la discriminación, el aprovechamiento y la inequidad. En términos comparativos con los sectores de mejores ingresos, accedía a muy poco y casi todo aquello a lo que accedía era de calidad inferior. Además, como lo confirmaron las décadas siguientes, la pintura de la época como un mundo que ofrecía alternativas generalizadas de ascenso social era, al menos, engañosa. El mundo en el que vivían estaba amenazado por el fantasma de caerse, de caerse del empleo, de caerse a la villa. Y ese fantasma se actualizaría a partir de los años setenta.

Esta descripción nos pone en un dilema. ¿Estoy diciendo que en el período del Estado de bienestar los sectores pobres gozaban de un buen pasar? ¿Estoy afirmando que aquella era una sociedad justa o que brindaba a los trabajadores oportunidades de progreso, ascenso social y desarrollo? Seguramente que no. Por un lado, es cierto que indicadores importantes muestran el deterioro de la calidad de vida de los pobres o el empobrecimiento de aquellos que no lo eran tanto, lo cual permite decir que globalmente los pobres de entonces estaban mejor que los de hoy. Por otra parte, este mundo del barrio popular de, digamos, asalariados con acceso a la educación pública y a la seguridad social, convivía con el de la villa, donde fue concentrándose la exclusión. Y esto es importante porque el villero con toda su carga de fantasmagorías (Benjamin, 2003), era la presencia misma de la amenaza de exclusión.

Los trabajadores del barrio popular no solamente eran objeto de una serie de relaciones de dominación, sino que frecuentemente percibían los límites de ese compromiso que les brindó cierto beneficio. Esos trabajadores convivieron permanentemente con la más cruda de las miserias como vecino cercano. Esto no impidió que ese pobre “prolijo” encontrara las razones de su bienestar en su propio esfuerzo, en su condición de trabajador incansable, por ejemplo. Incluso que la representación del villero como un vago o un marginal, le confirmara esa explicación de su bienestar. Es que la identidad de este tipo de personaje en los sectores populares también estaba en tensión entre el ser trabajador y el ser ville-

ro. A fin de cuentas, lo cierto es que estos trabajadores creían en la integración y en el progreso. Eran estos los barrios en que vivían los humildes prolijos que por medio de su esfuerzo habían logrado algo.

Se trató de una parte de esa generación que vivió un período de integración que le permitía asociar las creencias en el ascenso social a la riqueza del país y al valor del esfuerzo propio. De este modo, la representación estigmatizada del villero funcionaba como límite, como espejo que por oposición permitía confirmar la imagen de sí. Por otra parte, la representación incluía la existencia de una serie de carreras institucionales que permitían progresar. El trabajo permitía el bienestar. El Estado garantizaba derechos sociales. La educación permitía el ascenso y la auto-superación. Y la familia brindaba las aptitudes morales. Instalado este conjunto de creencias la representación se completaba atribuyéndole al villero dos tipos de características psicosociales: o bien era un vago, un sujeto moralmente deficiente, o bien era un fracasado, un sujeto socialmente incapaz.<sup>17</sup>

El problema vendría a partir de la ruptura de ese compromiso social que hizo posible el sueño de la vivienda propia, la educación pública con ciertos estándares de universalidad, la salud pública con niveles de inversión y cobertura hoy envidiables, ingresos altos entre los asalariados, directos e indirectos, acceso a un conjunto de bienes hoy impensables, entre otros. Y ese problema lo veremos expresado cuando los hijos de estos trabajadores que habían conseguido su vivienda propia, vieran delante de sus narices a la villa como única alternativa habitacional.

### **La ocupación masiva de tierras a partir de los años ochenta: los asentamientos**

Existen varias características distintivas de los asentamientos y comunes a todos ellos; comencemos por las que permiten ubicarnos más rápidamente. Los asentamientos consisten en ocupaciones masivas<sup>18</sup> de tierras que, en

17 Obsérvese que la existencia de un sector social al cual no llegaba el "bienestar", en lugar de evidenciar los límites de la representación la confirma. Puede verse Bourdieu, 1988.

18 Que los asentamientos sean ocupaciones masivas no indica un número fijo de vecinos del futuro barrio. Hay algunos que son pequeños, de cuatro o cinco manzanas y unas cien familias. Pero

el caso de Buenos Aires, siempre se ubican en el conurbano, de ninguna manera en la Capital. Tal como ya adelantamos en la introducción, este tipo de barrio se originó en Quilmes, en 1981. Esta ubicación histórica y geográfica se completa al saber que esos eran tiempos de la dictadura militar y que allí rige la diócesis de Quilmes de la Iglesia católica, entonces bajo los auspicios del obispo Jorge Novak. En esa diócesis se han cobijado muchos de los curas que han hecho la llamada "opción por los pobres", sector amparado en las determinaciones del Concilio Vaticano II.<sup>19</sup>

Las casas pequeñas, pobres y bajitas pueden confundir a cualquier telespectador desprevenido y hacerle creer que está viendo imágenes de una villa. Sin embargo, ya en el paisaje los asentamientos son bastante diferentes de aquéllas. Cuando las cámaras apuntan a un asentamiento o cuando uno pasa por allí, puede verse con claridad cada casa en un lote, generalmente rodeada de un jardín. Es que básicamente lo que los distingue es su configuración espacial. En los asentamientos el terreno ocupado se encuentra subdividido en lotes y manzanas, con sus calles perfectamente trazadas y en muchos de ellos se han reservado espacios libres para distintos servicios esenciales, como la escuela, el dispensario médico o el comedor popular, la sede social de la organización y la recreación, la cancha de fútbol casi siempre, un gimnasio, a veces. Por otra parte, y como veremos, son de gran importancia las medidas de los lotes, de las manzanas y de las calles; es decir, el conjunto de la configuración territorial que guarda las formas establecidas por la ley.<sup>20</sup>

Es más, como generalmente los asentamientos se hacen en terrenos próximos a viejos barrios resultados de loteos, lo que hacen los ocupantes es proyectar el trazado de calles existente a fin de mantener homogénea la urbanización. Finalmente, como una prescripción expresamente consentida por todos, en un asentamiento sólo puede haber una vivienda y una familia en cada terreno. Como puede advertirse, la configura-

---

hay otros enormes, como el barrio 22 de Enero en Ciudad Evita, que tiene 1.250 familias y 100 ha de superficie, o el barrio San Martín, de Quilmes, que tiene 810 familias distribuidas en 20 manzanas.

19 Fue uno de estos sacerdotes quien tomó de la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base del Brasil la idea de los asentamientos. Así se origina concretamente la idea; otro asunto es analizar la efectividad histórica de este tipo de ocupación masiva. Es decir, por qué de la difusión y el arraigo en el Gran Buenos Aires de tal estrategia habitacional y organizativa.

20 Un lote en estos barrios mide 300 m<sup>2</sup>, aproximadamente.

ción espacial resultante no sólo es idéntica a la de un loteo popular, sino que es copiada de ella; por otra parte, el lote permite una proyección de la vivienda que el hacinamiento villero impide. Aun en medio de absoluta precariedad, puede observarse que en un asentamiento muchas de las viviendas se parecen más a una casita que a la casilla de la villa.<sup>21</sup> El asentamiento se sirve de la ocupación ilegal para reproducir la forma urbana del loteo.

Todas estas medidas tienen como uno de sus objetivos impedir el hacinamiento espacial para evitar que el asentamiento se transforme en una villa. Y es que los vecinos de un asentamiento han sido colocados en una situación de pobreza similar a la de un villero. Como es fácilmente advertible, esta organización del territorio requiere de una organización social previa. Antes de la ocupación de las tierras, un grupo debe reunir a la gente, elegir el predio y realizar una serie de trabajos de proyección. Los futuros vecinos deben saber las dimensiones del predio y deben realizar una mensura provisoria que les permita conocer la cantidad de lotes que resultarán de la subdivisión del terreno. Esto determinará la cantidad de familias que integren el barrio.

Hay otra razón de peso por la que el predio debe estar medido con anterioridad. Rápidamente las familias necesitan ubicarse para poder ir levantando allí una vivienda, por muy precaria que sea. No debe olvidarse que por tratarse de una ocupación ilegal y porque con frecuencia quienes hasta allí llegan no tienen otro lugar donde vivir, nadie puede abandonar su lugar ni siquiera por unas horas. Por otra parte, la gente sabe que la mejor forma de conjurar un desalojo es consolidar de la mejor y más rápida forma posible a las viviendas.

Si la lógica de la urbanización los obliga a la mensura, la lógica política obliga a la organización a contar con mucha más información. Y si bien las ocupaciones se han producido alternativamente en predios de propiedad privada o del Estado, los organizadores saben que posibles proyectos

21 De acuerdo con cifras oficiales, Bellardi y De Paula muestran una densidad promedio en las villas de la Capital de 110,7 familias/ha, mientras que en los asentamientos de La Matanza registramos un promedio de 15,4 familias/ha. Cabe destacar que tanto entre las villas como entre los asentamientos la densidad varía mucho de un barrio a otro; no obstante, la diferencia de densidad entre cualquier villa y cualquier asentamiento es tan notoria que el dato se vuelve relevante. Para las cifras correspondientes a las villas véase Bellardi y De Paula, 1986; y para los asentamientos Merklen, 1991.

—de inversión, por ejemplo— pueden acelerar el peligro de expulsión. Frente a ese riesgo, en las ocupaciones se razona más o menos con la siguiente lógica: si bien la posibilidad de desalojo está siempre presente hasta que la situación no se normaliza en términos legales, ese es un hecho violento que implica costos políticos a los responsables de la decisión.

Por otra parte, si bien la propiedad de la tierra es un derecho socialmente reconocido, también está legitimado el derecho a un lugar en el que vivir, y la situación de pobreza que viven los ocupantes refuerza la legitimidad de la ocupación. Entonces, la decisión del conjunto de actores que ordenan el desalojo por la fuerza de un grupo generalmente grande de familias se ve reforzada en el sistema político si existe un interés concreto que presiona en tal sentido. Es por eso que los ocupantes tomarán los recaudos para saber si algún agente local tiene interés en el terreno elegido. Luego todo esto es mantenido en el mayor secreto posible hasta el día del ingreso al predio, que debe ser sorpresivo: si la policía advierte la ocupación, basta un pequeño destacamento para impedir la toma.<sup>22</sup>

Estos son los motivos por los cuales generalmente la tierra ocupada por los asentamientos no posee un alto valor inmobiliario, no es soporte de proyectos de desarrollo urbano ni hay programada allí ninguna clase de inversión. Generalmente, además, las ocupaciones se instalan en terrenos rodeados de barrios pobres. Todo esto, entonces, está hecho con el propósito de “disminuir al máximo” la conflictividad de por sí implicada en la toma de la tierra. Pero siempre se juega con el límite porque en realidad se eligen los terrenos mejor ubicados dentro de los que se piensa que no ocasionan conflicto. Algunas veces, quizá por error en la valoración de la situación, quizá por falta de información, quizá con toda conciencia, el conflicto aparece con toda su virulencia.

Y una vez desatado no es fácil detenerlo. Tal fue el caso de las ocupaciones de tierras en Ciudad Evita; mientras la ocupación era lejos, en la zona de Laferrere no hubo problema, pero ni bien la cantidad de familias que llegaban permitió extender la ocupación hacia las cercanías de los elegantes “chalets” de Ciudad Evita, comenzó el conflicto.

22 En *Asentamientos en La Matanza* analicé con algún detalle cómo la llegada de la democracia operaba como condición de posibilidad que favorecía la ocupación por la fuerza. Ver el capítulo “La democracia como condición” (Merklen, 1991: 103 y ss.).

No es posible un análisis detallado de la localización de los asentamientos ya que no existe la información suficiente para realizarlo. No obstante, del único relevamiento que cuenta con información para la totalidad del conurbano, se desprenden algunas conclusiones. El 71% de los asentamientos se ubica en la zona sur del Gran Buenos Aires, lo cual probablemente se explique por la importante presencia allí del Obispado de Quilmes y su entorno político, que han contribuido con las ocupaciones. Por otra parte, 63% de la tierra ocupada se encuentra en la primera corona de partidos del conglomerado. Esto tal vez pueda verse como indicador de la búsqueda de los ocupantes de las mejores localizaciones con el menor costo posible, en términos de conflicto, recuérdese que en la primera corona se presentan una serie de ventajas urbanas de importancia respecto de la segunda.<sup>23</sup>

¿Por qué tanta energía invertida en una ocupación masiva? ¿Por qué tanto cuidado puesto en la configuración territorial? ¿Por qué asumir tanto riesgo para proveerse de un terreno? En definitiva, ¿por qué no se opta nuevamente por la villa? ¿Qué es lo que explica al asentamiento en cuanto tal? Debe tenerse en cuenta que para poner una familia en un lote, cuidar la normativa vigente y evitar el hacinamiento, se necesita muchísima más tierra que la que tiene una villa para albergar al mismo número de gente —la densidad promedio del asentamiento comparada a la de la villa lo demuestra—. Además, en los primeros momentos de una ocupación es mucho lo que se pone en riesgo. En sus primeros días, un asentamiento es un campamento gigante. Allí no hay agua ni baños ni lugar donde cocinar ni donde dormir ni donde higienizarse, ni nada. El riesgo sanitario y el esfuerzo personal y físico son enormes. Por otra parte, gran cantidad de los vecinos que aún tienen un empleo formal, lo pierden. Muchos, porque la construcción de las condiciones mínimas de habitabilidad (como conseguir agua potable en cantidad suficiente y construir un mínimo refugio) demandan varios

23 En el relevamiento, realizado entre diciembre de 1989 y marzo de 1990, se encontraron 109 asentamientos con una población estimada en 173 mil habitantes. El relevamiento tiene la enorme importancia de ser el único para toda el área del Gran Buenos Aires, pero sus datos provienen de una encuesta realizada a las autoridades municipales. Por lo tanto, sus estimaciones pueden presentar algunos déficits advertidos por los propios autores del trabajo (Gazoli, Pastrana y Agostinis, 1990).

días. Pero si llegara a haber “cerco policial”, lo pierden por no poder ir a trabajar.<sup>24</sup>

Gran cantidad de políticos, jueces y jefes de policía suele responder a las preguntas que nos hacíamos arriba diciendo que se trata de agitadores políticos que viven del conflicto. Esta tontería, que no es sino pretexto para la represión, no solo no explica nada sino que impide ver por qué miles de personas eligen esta alternativa habitacional. Una de las condiciones primordiales en juego es el ahogamiento de las alternativas de acceso a la vivienda para los sectores de menores ingresos. Como expusimos con anterioridad, en el transcurso de la década del setenta finaliza un tipo de relaciones sociales caracterizado por el desarrollo industrial y un compromiso estatal que ha sido llamado de bienestar. Pero llegados los años ochenta, esa sociedad ya estaba en crisis y había iniciado plenamente su transformación. La información estadística disponible permite observar el deterioro general de las condiciones de vida de los sectores populares a partir de la crisis del Estado de bienestar iniciada en los años setenta.<sup>25</sup>

Se ha señalado dos procesos simultáneos en el movimiento de la estructura social: por una parte, se registró una polarización social dada por el aumento del número de los más ricos y el de los más pobres, en detrimento de los sectores de ingreso medio. Por la otra, los sectores de ingreso medio en su mayoría se empobrecen aumentando la heterogeneidad del sector y dando origen a lo que fue llamado “nueva pobreza” (Minujin, 1992). La crisis produjo un fuerte impacto sobre las mayorías pobres con un marcado aumento de la desocupación y la subocupación, y la reducción en términos reales del salario para quienes pudieron acceder a él. Sumado a esto, el ajuste estructural significó un retroceso en las redes de seguridad social (Bustelo, 1992).

Lo que la literatura menciona como retroceso en las “redes de seguridad social” significa una progresiva y drástica reducción de las políticas habitacionales dirigidas a los pobres. Así, prácticamente ha finalizado el loteo y la construcción de la vivienda propia por la ruptura de las condi-

24 El cerco policial es una política de desaliento frecuentemente aplicada por la Policía. Si bien muchas veces no se decide el desalojo, la Policía cerca el predio impidiendo ingresar en él. Por lo tanto nadie puede salir —porque luego no puede regresar— a buscar agua, a trabajar o a cualquier otra cosa. Esto empeora enormemente las condiciones de vida, especulándose con el consiguiente desaliento de las familias.

25 Sobre la crisis del Estado de bienestar, ver Barbeito y Lo Vuolo, 1992.

ciones sociales que la hicieron posible; pero también el Estado ha disminuido muchísimo la producción de urbanización y vivienda destinada a los más pobres como consecuencia de la crisis fiscal y de una reorientación del gasto público.<sup>26</sup>

Por otra parte, durante el período de la última dictadura se da una compulsiva relocalización de los sectores de menores ingresos en la ciudad. El aumento del precio del suelo en la Capital Federal, la política de alquileres, el ya mencionado Plan de Erradicación de Villas y la demolición masiva de viviendas para la construcción de las autopistas llevaron a los pobres hacia el Gran Buenos Aires, dejando a la Capital habitada mayoritariamente por sectores de ingresos medios y altos.

El proceso es cuádruple: reducción de los ingresos de los ya pobres, aumento del valor de la vivienda, desalojos compulsivos y deterioro de la política habitacional del Estado.

Entonces, puede contestarse a las preguntas que nos hacíamos más arriba diciendo que los asentamientos se presentan como una estrategia defensiva respecto de la exclusión. Y esa exclusión es vivida como imposibilidad de acceder a la vivienda. Por una parte por el gran número de familias empobrecidas que antes pagaban un alquiler y ahora no pueden hacerlo. Por otra parte, por quienes han sido compulsivamente desalojados en la década pasada. Finalmente esa imposibilidad la experimentan las familias más jóvenes o en proceso de constitución, que vivieron con sus padres y ahora no pueden acceder a una vivienda similar.

La lógica de la urbanización vigente, y en última instancia la de las relaciones sociales, expulsa hacia la periferia a los sectores populares y que es su consecuencia que éstos ocupen las peores tierras de la ciudad. Sin embargo debe tenerse en cuenta que un asentamiento implica un conflicto. Se trata del movimiento colectivo de un conjunto de personas por no perder posiciones en la ciudad y en la sociedad. Por eso decíamos que, desde el punto de vista de los ocupantes, hay un juego permanente entre garantizar el éxito de la ocupación y elegir los terrenos mejor localizados

26 El déficit en la provisión de infraestructura sanitaria, hasta hace poco exclusivamente en manos de las políticas públicas, puede tomarse como indicador de la falta de urbanización. En tal sentido, un reciente estudio de la Universidad Nacional de la Plata para el gobierno provincial señala que aproximadamente cinco millones de personas carecen de agua corriente de red, red cloacal o ambas en once de los 23 partidos del Área Metropolitana. Ver Plan Director de Agua Potable y Saneamiento, La Plata, agosto de 1995.

posibles. Pero más fundamentalmente, lo que constituye el tema central que queremos tratar: cuando se produce un asentamiento se está produciendo un colectivo, y con él se va articulando una nueva sociabilidad. Se lo hace cuando se elige un tipo de hábitat y se selecciona un lugar determinado en la ciudad, aunque eso implique riesgos.<sup>27</sup>

Las explicaciones corrientes de este tipo de ocupación padecen de un déficit común. Definen una situación y describen unas prácticas históricamente asociadas a ella. Así se sostiene que al empobrecimiento le corresponde tal estrategia de reproducción de la vida cotidiana, o que tal localización se explica por la actitud de los sectores dominantes que empujan a los pobres hacia los terrenos marginados. El déficit es que ambas explicaciones no ponen nada entre la situación y las prácticas, con lo cual se vuelven débiles e inespecíficas, respondiendo muy mal a la exigencia del contraejemplo. Es por eso que la exclusión respecto a la vivienda significa más que el impedimento de contar con cuatro paredes y un techo. Es exclusión del acceso a la tierra en tanto componente del hábitat y a la propiedad como sustento jurídico y simbólico, como muro de contención frente a la inseguridad social. Es también exclusión de la posibilidad de “acceder, progresar, llegar”, con la cual en algunos casos antes se contaba. Es para muchos el final de la estrategia del lote propio en el contexto de lotes y del plan de vivienda estatal. Pero, como veremos en seguida, es su redición en otro contexto. En el asentamiento está aún presente la creencia en el esfuerzo como medio de integración, o de ponerle freno a la exclusión.

En cuanto asentamiento uno se acerque a preguntar y a cuanta persona uno le pregunte, va a escuchar: “Queremos hacer de esto un barrio, no queremos una villa”.<sup>28</sup> Ese es precisamente el muro de contención

27 Ha sido Touraine (1987 y 1994) uno de los autores que mayor énfasis ha puesto en la necesidad de observar la “producción” de los sujetos sociales. En este sentido, aunque con un excesivo peso puesto en el papel que la voluntad juega, es interesante su visión del actor, que se vuelve sujeto cuando, como consecuencia de orientar su acción contra lo estructurado, provoca un conflicto y procura apropiarse del sentido de la historicidad.

28 Un dirigente entrevistado lo expresa con una claridad prístina: “Cuando nos vinimos al asentamiento teníamos claro que no queríamos repetir lo de la villa. Que las calles fueran calles, para cada familia un terreno, que la plaza fuera plaza y la cancha de fútbol fuera cancha de fútbol. O sea que queríamos terminar con lo que nosotros veníamos sufriendo hace mucho, es decir, ser villeros... La diferencia entre una villa y un asentamiento es fundamental: en una villa vivís hacinado, por más que edifiques, arriba tenés al vecino, al lado también, tenés los pasillos, tenés las

levantado por la organización comunitaria del asentamiento para respetar los principios de urbanización vigentes. Y aquí es necesario resaltar nuevamente algunos rasgos descriptivos de estos sectores. La población de los asentamientos no responde ya a una generación mayoritariamente migrante; hay una porción muy importante de “pauperizados” o “nuevos pobres” y la mayoría de ellos proviene de barrios populares, no de villas. Además, como dijimos, se trata de una población muy joven, con una gran cantidad de familias recientemente constituidas, incluso de parejas que deciden su vida en común a partir de irse a vivir al asentamiento. Familias empobrecidas que no pueden ya con un alquiler, parejas jóvenes que vivieron con sus padres en un barrio de loteo o en un plan de viviendas del Estado: todos ellos le temen a la villa, con toda la carga de significados que ello tiene. Y si no pueden hacer nada contra el empobrecimiento, van a pelear con uñas y dientes por no convertirse en villeros; por que no son inmigrantes, son habitantes de la ciudad que la conocen muy bien física y culturalmente. Y cuando aquí se dice “villa” o “villero”, se está actualizando toda la carga estigmatizante y fantasmagórica que posee el término. Porque en realidad a lo que se quiere escapar es al estigma de ser villero.

Nuevamente es sugerente el testimonio de un dirigente: “El tipo de una villa es un tipo que sabe que nunca más va a progresar, entonces no hace nada porque eso nunca va a pertenecerle. El tipo del asentamiento pelea, pelea por esto —el barrio— porque lo vive como propio”. En la idea del asentamiento hay mucho más que una estrategia de reproducción de las condiciones materiales de existencia. Está la producción de una identidad, esta vez contraponiendo el barrio a la villa, puesta en jaque para muchos la condición de trabajador. Desde el punto de vista urbano, acceder a la tierra en la ciudad es ocupar un lugar en ella; es estar a tantos o cuantos minutos de viaje de los centros de consumo, de trabajo, comerciales, etcétera, y es acceder a determinada provisión de servicios e infraestructura. Pero también es suscribir al conjunto de representaciones que implica una zona de la ciudad cualquiera y a la forma en que se vive.

---

cloacas, los chicos no tienen espacio donde recrearse, no tienen espacio propio... Yo pienso que la diferencia es de vida: en un asentamiento vos tenés lo que se llama un territorio familiar, donde criás tus hijos, vivís con tu familia, tenés un terreno. En una villa no tenés espacio para vivir”. El testimonio es citado por Novaro y Perelman, 1993.

Se suscribe un status y la posibilidad de la diferenciación respecto de quienes no lo han alcanzado.

Aquí es necesario retomar otro componente importante. En la convocatoria a un asentamiento está siempre presente el proyecto de la propiedad privada del lote. Otra frase que puede ser dicha en cualquier asentamiento: “Nosotros queremos comprar, no queremos que nadie nos regale nada ni queremos ser ocupantes ilegales, queremos ser propietarios”. Desde un desconocimiento total de lo que el asentamiento implica para los ocupantes, suele afirmarse –sorprendentemente tanto en el discurso político de izquierda y de derecha– que los asentamientos son un cuestionamiento a la propiedad privada. Pese a que el derecho es legalmente violado con la toma de la tierra, un asentamiento no cuestiona la propiedad privada porque contrariamente a ello, lo que se busca es reingresar a una condición de propietario de la cual se ha sido expulsado o a la cual se han cerrado las puertas de acceso.

Es que, si bien los asentamientos se inician como una ocupación ilegal, no hay en ellos ningún cuestionamiento a la noción de propiedad privada; lejos de ello, lo que los vecinos buscan es acceder al lote propio por verse excluidos de otros mecanismos de asignación. En el sentido que se le da a la toma, la salida de la legalidad es solo para reingresar a ella con un derecho reconocido. La propiedad que no se consigue en el mercado por la vía del ahorro se busca por medio de la acción colectiva. En este sentido, ha sido y es realmente eficaz la acción de los dirigentes frente a los medios de comunicación cuando declaran que allí sólo quieren construir un barrio. Con ello, hacia adentro y hacia afuera buscan diferenciar su propio status de villero y asociarlo al del trabajador que con su esfuerzo construye un lugar en el cual vivir.

Antes decíamos que los ocupantes copian la estructura urbana de los viejos barrios vecinos, continuando con el trazado de sus calles. Pero eso no es lo único que copian. Intentan copiar ese significado de la pobreza, el del pobre “prolijo”: propietario, trabajador, capaz de construir una familia “tipo”, de educar a sus hijos y de poseer una condición respetable. Para quienes se han quedado sin vivienda y sin tantas otras cosas, la posibilidad de acceder a la tierra posee siempre una significación idealizada. En el conjunto de representaciones en el que se inscribe, la mítica conquista del lote propio es presentada como un hito a partir del cual

mejorará la situación. Ahora bien, aquí el asentamiento se enfrenta a un dilema de hierro.

El barrio El Tambo, de Laferrere, es un asentamiento muy particular. Es el único que conocemos que ha logrado la propiedad de las tierras y cuyos vecinos tienen una escritura de propiedad del lote. Está legalmente electrificado y ha conseguido que el Estado asfalte casi todas sus calles y construya una escuela pública y un puente vehicular sobre el arroyo Mario. Tiene además un gimnasio, un jardín de infantes, una salita precaria y recientemente varios de sus vecinos tienen teléfono. Se ha convertido en un auténtico barrio. Pero junto con ello ha ocurrido otro fenómeno: como a cualquier otro barrio ha ingresado la mercantilización de sus lotes y sus viviendas. Aquello que era soñado por muchos como el lugar en el que vivir, se ha convertido en un objeto de compraventa. Y muchos vecinos, los más pobres, han vendido su terreno luego de diez años de pelear por su propiedad y se han mudado a otro barrio más pobre.

El nuevo barrio ya no es tan pobre y es atravesado por la misma fuerza centrífuga que expulsa lejos a los más débiles como cualquier otro sector de la ciudad. El asentamiento es una estrategia de integración social, pero si lo alcanza plenamente, como parece sugerir el caso de El Tambo, también se convierte en un lugar de exclusión. Porque en realidad la integración social nunca puede ser plena. Y un asentamiento, en términos sociales, apenas opera sobre algunas representaciones y sobre el hábitat, cuando la condición social es mucho más compleja. Este es un aspecto importante de los asentamientos: en un sentido, tras su búsqueda de integración a la norma y el lugar que han perdido, terminan legitimando aquella formación urbana y social que los dejó fuera. Ahora bien, ese no es el panorama general. Casi todos los asentamientos se encuentran en una situación de ilegalidad y de precariedad mayor. Pero de todos modos, muchas veces cuando uno camina por algún asentamiento viejo no puede distinguir cuándo está dentro de la ocupación ilegal y cuándo cruzó la vereda y está en el barrio loteado. Muchas veces a uno deben decirle: "No, de esa media manzana para acá es el asentamiento, para allá es el viejo barrio".

110 Efectivamente han conseguido evitar a la villa, pero no conseguirán recuperar la identidad de aquel trabajador de treinta años atrás. Allí, en los

asentamientos, convive lo que la sociología llamó “heterogeneidad social de las pobreza” (Murmis y Feldman, 1992). Conviven allí nuevos y viejos pobres, estructurales y pauperizados, villeros que se fueron al asentamiento y antiguos inquilinos desalojados, aquellos a quienes una topadora les tiró la casa abajo y un gobierno les birló una indemnización con hijos de aquel matrimonio al que el peronismo le dio una vivienda en Ciudad Evita. Y todavía esas socializaciones previas diversas, esos distintos capitales culturales antecedentes, las disímiles trayectorias vitales pesan forjando múltiples representaciones del mundo en el que viven.

Pero todos ellos juntos han forjado el asentamiento y allí se encuentran, en esos nuevos barrios con historias políticas, culturales y sociales similares. Lo cierto es que allí termina la ilusión; luego las condiciones de exclusión social siguen operando sobre el ingreso, el empleo, la educación formal y la participación política. El sueño del progreso, de la integración a una sociedad de “bienestar” vuelve a alejarse a diario, aun cuando la ocupación y el barrio están ya consolidados. Y aquel viejo temor de caer del plato comienza a renovarse en una sociedad que, pese a haber conquistado un lugarcito y no como villero, cada vez se encuentra más fragmentada. Es que “ciudad” y “sociedad” designan a veces lo mismo y en muchos aspectos no puede distinguírselas. Pero la segunda noción rebasa a la primera y no debe confundírselas. Este artículo quizá pueda terminar haciendo una breve referencia a las organizaciones de estos barrios, quedándonos pendiente el interesante despliegue de la relación de estos barrios con el sistema político.

## Las formas organizacionales de los asentamientos

En los primeros asentamientos se dio un modelo organizativo que los constituyó como verdaderos movimientos sociales. Este modelo organizativo fue creado también por los militantes vinculados a la Iglesia y se dio primero en los asentamientos de Quilmes, pero luego fue replicado en varios de los de La Matanza y posteriormente en muchos otros. Básicamente la estructura organizativa consistía en un cuerpo dirigente, que normalmente se llamaba comisión directiva, y un grupo de representantes más directos, el cuerpo de delegados. La comisión directiva se elegía

democráticamente de tal modo que por cada lote hubiera uno o dos votos, correspondientes al jefe de hogar y su cónyuge, variando esto de un barrio a otro. Esta comisión, a su vez poseía comisiones especiales: la comisión de salud, la de educación, la de “rescate de la cultura guaranítica”, la de madres, la de jóvenes, en fin, cada barrio organizaba las suyas a las que daba tareas específicas.

El cuerpo de delegados estaba constituido por uno o dos representantes de cada manzana, elegidos por el mismo método —en algunos barrios hubo comisión de manzana—. Así, cada manzana organizada producía sus primeros productos de urbanización: instalaba alguna bomba manual para tener agua, colaboraba en la delimitación de los lotes y los espacios de calle, ayudaba a los vecinos a poner sus casillas en un lugar que no fuera a ser luego el lote del vecino, desmalezaba, tendía los primeros cables de la luz, organizaba la recolección de residuos, hacía las cunetas y las vereditas para salir del barrial. Además funcionaba como control de la comisión directiva que era el cuerpo más directamente político; las decisiones más importantes se sometían a su consideración. La comisión directiva representaba al barrio en todo: negociaba con la policía, con otras fuerzas sociales y políticas, recorría todas las dependencias estatales en busca de apoyos, subsidios, promesas, alimentos, declaraciones, entre otras actividades.

También había cantidad de militantes, colaboradores externos a la organización que brindaban ayuda de todo tipo. Por último, había una asamblea de todos los vecinos que decidía sobre todas las cosas fundamentales, o creía hacerlo. Como podrá advertirse el estado de movilización de un asentamiento en sus primeros meses es muy alto; están obligados por la altísima precariedad de las condiciones de vida y por el peligro de desalojo. Pues bien, en aquellos años ochenta en que este modelo organizativo estuvo vigente las cosas funcionaron más o menos así, con variantes de un barrio a otro.

Esa organización, además, implicaba la existencia de todo un movimiento comunitario donde la vida del hogar parecía prolongarse hacia la comunidad. Y esto reaparece con bastante fuerza en momentos de necesidad muy crítica, como fueron los picos hiperinflacionarios de los últimos años.

Otro rasgo característico estaba dado por la relación con el Estado y el sistema político. Aquella acción de fuerza implicada en la ocupación

ilegal, fijaba por un tiempo una posición de distanciamiento y lejanía. Además, el asentamiento, cohesionado, tomaba distancia de los partidos políticos con el fin de mantener la unidad interna. Esto provocó incluso que esas organizaciones fueran percibidas como algo extraño por los partidos, implicaron la irrupción de un nuevo actor político en escena al cual era difícil de contener.

Diría que hasta 1990 ó 1991 en El Tambo las cosas funcionaban más o menos así: la tierra, por ejemplo, fue comprada por la cooperativa del barrio y luego transferida por ésta a los vecinos. Claro, los dirigentes sabían que si dejaban en manos de los funcionarios públicos la venta directa a los vecinos, por esa vía se colaba el clientelismo y eso significaba el fin del movimiento social, que quería seguir mediando la relación clientelar. Actualmente no queda nada de aquella organización salvo su comisión directiva, convertida ahora a otras funciones: cobra las cuotas de los terrenos, administra los desalojos de los vecinos incumplidores y opositores y se ha integrado informalmente al gobierno de la provincia. En otros barrios el modelo organizativo se agotó mucho tiempo antes<sup>29</sup> y prácticamente en ninguno queda nada de aquello, salvo vestigios organizativos y tal vez el recuerdo de lo aprendido en los vecinos. Sobre esa base, en muchos barrios hay un fuerte trabajo en el sentido de reconstruir las organizaciones populares.

Un rasgo característico de las organizaciones surgidas en los asentamientos es que todas ellas han decaído después de un momento. La participación de los vecinos va cayendo poco después de que su permanencia en el terreno se ve más o menos garantizada al irse diluyendo la amenaza de desalojo y a medida que los elementos indispensables de vida urbana están garantizados —la ubicación de las familias en el terreno, la provisión mínima de agua, una mínima vivienda para cada uno—. Cuánto tiempo dure la organización y con qué grado de organicidad es algo que solo el análisis de cada experiencia organizativa puede determinar. De hecho, en algunos casos las organizaciones logran armarse apenas tímidamente y en otros se consolidan durante un período prolongado. Tal vez puedan mencionarse dos puntos que tienen incidencia sobre esto.

29 Hacia 1987, cuando el peronismo gana la gobernación de Buenos Aires y se generaliza una política social hacia los asentamientos a través de una Secretaría de Tierra y Vivienda.

Por un lado, el tipo de objetivo que la organización se plantee y su capacidad de llevarlo adelante. La pelea por la regularización del dominio de la tierra, por ejemplo, ha conseguido aglutinar a todo el barrio en muchos casos; pero también la gestión de la escuela, la sala de primeros auxilios, las obras de agua y alumbrado o la construcción del comedor. Por otro lado, la capacidad de enfrentar al sistema de partidos políticos —y su competencia— en forma unificada ha sido un elemento clave. Y en este punto, las distintas coyunturas políticas se han revelado determinantes, ya que se modifica la actitud de cada actor respecto de los otros. Allí donde aparece un barrio organizado monolíticamente, lo primero que intentarán los distintos partidos será crear grupos que compitan por la organización del barrio, generalmente en torno a algún objetivo específico.

Desde el municipio se le brinda a un grupo la capacidad de organizar un comedor y desde una secretaría de nivel provincial se le da a otro la posibilidad de organizar la guardería, por ejemplo. Esto tras el correspondiente pedido de lealtad, con lo cual algunas veces los barrios van consiguiendo elementos puntuales, pero al precio de perder la unidad del movimiento organizado. Como en todas partes, la competencia política partidaria tiende a trasladarse al interior del barrio, al tiempo que la organización va dejando de transformarse en un actor más del juego. De cualquier forma, el hecho de que las organizaciones hayan caído desestima a las visiones que las consideraron como “nuevos movimientos sociales” capaces de otorgar un nuevo sentido democratizador a la sociedad, creyéndose que se estaba frente a la presencia de un sujeto histórico completamente original.<sup>30</sup>

Pienso que en los asentamientos la heterogeneidad va cediendo de a poco a la fuerza de un mundo en común, unos van aprendiendo de los otros y una nueva sociabilidad va gestándose. Una que no es esto ni aquello, pero que “está siendo”. Y en eso, lo que no se ha olvidado es cómo hacer de una ocupación masiva un barrio y no una villa.

## Final

He presentado una breve descripción de tres tipos de barrios, tres formas habitacionales correspondientes a dos momentos distintos en la historia de Buenos Aires. El centro estuvo puesto en la producción de los distintos categorías sociales, a partir del convencimiento de que describir la pobreza en términos de límites en el acceso a bienes no alcanza. Un pobre es un pobre.

Cuando se menciona la pobreza, se hace referencia a un conjunto social determinado, compuesto por los económicamente más desfavorecidos en la sociedad. En este sentido, precisiones como la “Línea de Pobreza” o las “Necesidades Básicas Insatisfechas” permiten al menos un punto de referencia de corte empírico. Pero, si bien “contar los pobres” es ciertamente una operación indispensable, la dimensión económica pura jamás da la información suficiente para comprender cabalmente las transformaciones vividas por las clases populares. Queda sobre todo por verse el problema de la acción, con toda la importancia que los movimientos sociales de anclaje barrial han tenido en la Argentina de estos años. E. P. Thompson se ha opuesto con razón a aquellas visiones que intentan establecer una correlación inmediata entre las condiciones económicas y la acción social. A estas visiones “espasmódicas” que encuentran la causa de toda conducta de los sectores populares en la pobreza o el hambre, debe oponérsele una consideración más compleja.

En síntesis, puse a la villa, el loteo y el asentamiento en un lugar tal que nos permitió mantenerlo oscilando entre las prácticas y las “estructuras”. Creo que esto hizo posible ver “algo más” sobre distintos sujetos de la pobreza. En nuestra descripción están presentes prácticas, representaciones e identidades, en permanente diálogo con sus condiciones –que podríamos llamar estructurales–. Está allí puesta en juego una perspectiva relacional, en el sentido de que entre las prácticas y las condiciones se construye todo un mundo de representaciones. Y esto debe ser incorporado a los estudios de la pobreza.

Si reservamos el término pobreza a un conjunto de condiciones de existencia, puede decirse que en este trabajo se pusieron de relieve las formas de sociabilidad que se generan y reproducen en ese universo. El punto de vista se coloca a medio camino entre prácticas y estructuras. Esto

explica ese afán que parece no querer dejar nada afuera, e ir haciéndolo jugar todo en una descripción, que incluyó sus hipótesis de explicación como elementos de un relato a lo largo del artículo.

## Bibliografía

- Barbeito, Alberto y Rubén Lo Vuolo (1992). *La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de bienestar en Argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- Bellardi, Marta y A. De Paula (1986). *Villas miseria: origen, erradicación y respuestas populares*. Buenos Aires: CEAL.
- Benjamin, Walter (2003). *Paris, capitale du XIX<sup>e</sup> siècle*. París: Allia.
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bustelo, Eduardo (1992). "La producción del Estado de malestar. Ajuste y política social en América Latina", en: A. Minujin (comp.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- Clichevsky, Nora (1975). *El mercado de tierras en el área de expansión de Buenos Aires y su incidencia sobre los sectores populares (1943-73)*. Buenos Aires: CEUR / Instituto T. Di Tella.
- Clichevsky, Nora; Prévot Schapira, Marie-France y Graciela Schneider (1990). *Loteos populares, sector inmobiliario y gestión local en Buenos Aires*. Buenos Aires: CEUR / CREDAL.
- Cuenya, Beatriz y otros (1985). *Condiciones de hábitat y salud de los sectores populares. Un estudio piloto en el asentamiento San Martín de Quilmes*. Buenos Aires: CEUR.
- De la Torre, Lidia (1983). "La ciudad residual", en: J. L. Romero y L. A. Romero (comps.). *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Buenos Aires: Ariel.
- Depaule, Jean-Charles y Christian Topalov (1996). "La ville à travers ses mots". *Enquête*, 4, Marseille: 247-266.
- Fara, Luis (1985). "Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano", en: E. Jelin. *Los nuevos movimientos sociales*, 2. Buenos Aires: CEAL.

- Gazoli, Rubén; Pastrana, E. y S. Agostinis (1990). *Las tomas de tierras en el Gran Buenos Aires, primer informe de investigación*. Buenos Aires: PROHA, Mimeo.
- Germani, Gino (1980). *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Goffman, Erving (1986). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guber, Rosana (1991). "Villeros o cuando querer no es poder", en: R. Guber y A. Gravano. *Barrio sí, villa también*. Buenos Aires: CEAL.
- Izaguirre, Inés y Zulema Aristizábal (1988). *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: CEAL.
- Korn, Francis (1974). *Buenos Aires: los huéspedes del 20*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Korn, Francis y Lidia De la Torre (1985). "La vivienda en Buenos Aires 1887-1914". *Desarrollo Económico*, 98, Buenos Aires.
- Marx, Karl (1975). *Trabajo asalariado y capital*. Buenos Aires: Anteo
- Merklen, Denis (1991). *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos.
- Minujin, Alberto (1992). "En la rodada", en: A. Minujin (comp.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- Murmis, Miguel y Silvio Feldman (1992). "La heterogeneidad social de las pobrezas", en: Alberto Minujin (ed.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Unicef / Losada: 45-92.
- Novaro, Marcos y Pablo Perelman (1993). *La pobreza en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Una visión de sus características y su evolución*. Buenos Aires: IIED-AL, Mimeo.
- Pitch, Tamar (1980). *Teoría de la desviación social*. México: Nueva Imagen.
- Ratier, Hugo (1985). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires: CEAL.
- Secretaría de Vivienda y Ordenamiento Ambiental (1988). *Situación socio-habitacional del Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: MSyAS.
- Touraine, Alain (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Touraine, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: FCE.
- Yujsnovsky, Óscar (1984). *Claves políticas del problema habitacional argentino, 1955-1981*. Buenos Aires: GEL.